

# Agradecer a Dios el efecto del Evangelio

## Colosenses 1:3-8

*Pastor Tim Melton*

Hace un par de años mantuve una conversación con uno de los matrimonios jóvenes de nuestra iglesia. Provenían de países diferentes y describían cómo sus diferencias culturales les habían causado problemas a veces. Contaron que en una ocasión estaban de visita en la casa familiar. El abuelo de la novia sospechaba que el nuevo novio tenía algo contra él porque nunca iba a visitarlo. Cuando se le contó el problema al novio, se sorprendió. En su cultura, más formal, los nietos nunca se acercaban a los abuelos para hablar. Hacerlo no era apropiado. Si tenían que hablar, la conversación siempre debía iniciarla el abuelo. Así que, teniendo esto en cuenta, el novio esperaba respetuosamente a que el abuelo tomara la iniciativa.

Leyendo la epístola a los Colosenses, Pablo es más como el abuelo espiritual informal, compasivo y accesible. Muy probablemente él había discipulado a Epafras, que había empezado la iglesia de Colosas. Pablo nunca había conocido a la gente de esta iglesia, pero les escribe con compasión, les da consejos y expresa su gratitud por todo lo que Dios ha hecho en sus vidas. Como muchos abuelos que he conocido, su corazón parece rebosar de amor por esta joven iglesia.

En el sermón de hoy vamos a continuar donde lo dejamos la semana pasada. Colosenses 1:3-8:

*<sup>3</sup> Siempre que oremos por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo,*

La salvación de los colosenses fue un acontecimiento tan monumental que mantenía a Pablo en un estado de continuo agradecimiento. Tal vez tú también tienes a alguien así en tu vida. Has orado por esa persona. Te preocupaste por ella e incluso compartiste el Evangelio con ella durante años, hasta que un día la luz de Cristo amaneció en su vida y empezó a creer en Jesús. Y ahora, cada vez que te viene a la mente, tu corazón se llena de asombro y de agradecimiento.

Pablo hacía lo mismo. Daba gracias a Dios porque solo Él tiene el mérito. Como leemos en Romanos, ninguno de nosotros es bueno. Ninguno de nosotros busca a Dios por sí mismo. Cada uno de nosotros estaba espiritualmente muerto, era malvado, ciego, esclavo rebelde del pecado. La única manera de que los cristianos de Colosas fueran salvados es a través de la muerte y resurrección de Cristo. Dios los atrajo a sí mismo, el Espíritu les convenció de su pecado, y Dios les concedió la fe. Su

conversión, al igual que la nuestra, fue obra de Dios, y por esto todo el agradecimiento y la gloria solo pueden ser para Dios.

Pablo menciona al Señor Jesucristo. Estas palabras eran peligrosas en los días del Imperio romano, cuando solo el Cesar podía ser considerado señor. Pero, sin embargo, esa era la proclamación de los cristianos. Jesús es Señor de señores y Rey de reyes. Como leemos en Filipenses 2:9-11: *“Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”*

Como creyentes, la posición de hecho de Cristo en nuestras vidas es la de Señor. Al mismo tiempo, tenemos áreas que todavía nos cuesta someterle. Cuando nos apartamos de nuestro pecado y pusimos nuestra fe en Jesucristo, inclinamos nuestros corazones ante Cristo como Señor de nuestras vidas. Renunciamos a todos nuestros derechos y le dimos a Él plena propiedad y dominio sobre cada parte de lo que somos.

En cierto modo, es como alguien que compra una casa antigua para reformarla. En cuanto firma el contrato y paga el dinero, la casa es suya. Pero es a lo largo de los meses siguientes cuando se limpian todas las partes y se restauran todas las habitaciones. Solo entonces habrá hecho la casa realmente suya.

Este es el proceso por el que todo creyente debe pasar. Una vez que ponemos nuestra fe en Jesucristo, Él se convierte en nuestro Señor y Salvador. Desde entonces, día a día, Dios hace crecer nuestra madurez espiritual en Él y cada vez más áreas de nuestra vida son sometidas al señorío funcional de Cristo. En la salvación, Cristo llega a ser nuestro Señor de hecho. A medida que alcanzamos la madurez en Cristo, Él se convierte en nuestro Señor funcional.

***<sup>4</sup> pues hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos <sup>5</sup> a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos.***

En su oración, Pablo daba gracias por lo que había oído que ocurría en la iglesia de Colosas. Pablo no había estado allí cuando la iglesia comenzó, pero había corrido la voz de lo que Dios estaba haciendo ahí.

Pablo había oído hablar de su fe. ¿Cómo se oye la fe de alguien? ¿Se puede oír realmente la fe? La fe es como el viento. En realidad, no se puede ver, pero se pueden ver sus resultados. Pablo agradecía a Dios su fe, que estaba siendo confirmada por el amor que tenían por otros creyentes.

Esto nos recuerda los versículos que hablan de reconocer un buen árbol por su buen fruto, o la verdadera fe por las buenas obras que produce. Un corazón cambiado dará como resultado una vida cambiada. Cuando las personas son verdaderamente cambiadas, esto es evidente para los demás. Pablo había oído hablar de su fe y del amor que tenían por todos los santos y se alegró.

Pablo utiliza aquí la palabra *“santos”*. Ahora bien, la palabra "santo" no es una palabra reservada solo para los mártires, las personas enormemente piadosas, o las que han hecho milagros. Pablo estaba usando la palabra *“santos”* para todos los que han sido hechos justos en Cristo. Todos los que se han apartado de su pecado en arrepentimiento y han puesto su fe en Jesucristo. En ese gran intercambio Cristo tomó sobre sí mismo el pecado del hombre y nosotros recibimos la justicia de

Dios. Sé que es alucinante, pero eso es lo que ha sucedido. Cuando Dios nos mira ahora, ve la justicia de Cristo. Debido a esto, ellos y nosotros somos santos.

Ese es uno de los principales propósitos de la carta de Pablo a los de la iglesia de Colosas. Debemos entender nuestra identidad correctamente para poder vivir de una manera correcta. Ese es el único modo de poder vivir vidas santas consistentemente. El hecho es que ahora somos justos en Cristo. Somos hijos de Dios. Somos nuevas criaturas con una nueva naturaleza, pero tenemos unos hábitos muy arraigados de vivir la vida a nuestra manera, sin someternos a Dios. Si no somos diligentes en desechar nuestra vieja vida y en nutrir la nueva, seguiremos luchando con el pecado y no nos aferraremos al señorío de Cristo que ya es nuestro.

Cuando Pablo menciona la palabra "santos", no debemos pasar por alto la palabra **"todos"**. Su fe había dado como resultado un amor por todos los santos. No solo los santos que eran como él. No solo los santos con los que era fácil llevarse bien. No solo los santos que luego podían amarle a él. Su fe se tradujo en un amor por todos los santos.

Tenemos que tomar nota de ello. Dedicemos un tiempo a evaluar esto en nuestras propias vidas. ¿Nuestra fe en Dios se ha traducido en un amor desinteresado por los demás, o solo en un amor egoísta, de conveniencia, que nos beneficia de alguna manera? Un verdadero amor a Dios dará como resultado un amor desinteresado por "todos" los santos. Como cristianos, esta es una de las formas en que el mundo sabrá que pertenecemos a Cristo. Como leemos en Juan 13:34b-35: ***"Así como yo os he amado, también vosotros debéis amaros unos a otros. De este modo todos sabrán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros."***

La razón de su amor por todos los santos era la esperanza de lo que les esperaba en el cielo. Se veían unos a otros desde una perspectiva eterna, como hijos de Dios, hermanos y hermanas en Cristo. Ya no se identificaban entre ellos como amo o esclavo, rico o pobre, judío o gentil. En Cristo encontraban los recursos para poder amarse unos a otros como Él nos había amado. Se dieron cuenta de que todas las demás relaciones acabarían desapareciendo, pero los que estaban en Cristo estarían juntos por la eternidad. No tenían relaciones perfectas, pero sabían que finalmente llegaría un día en que el pecado desaparecería y se regocijarían en la presencia de Cristo, juntos, para siempre. Teniendo esto en mente, amaban a sus santos hermanos debido a la esperanza que les estaba guardada en el cielo.

¿Cuántas veces faltamos al amor por nuestros hermanos en Cristo porque no tenemos la eternidad en mente? Vivimos en el presente y perdemos perspectiva de la eternidad y de lo que realmente importa. Nos olvidamos de cómo termina la historia y empezamos a centrarnos cada vez más en nosotros mismos y cada vez menos en los demás. Acumulamos cosas materiales que no durarán y buscamos un reconocimiento que no importa. Olvidamos la gracia del amor que hemos recibido y dejamos de amar a los demás como Cristo nos ha amado.

Habían oído esta verdad de la esperanza del cielo en el evangelio, y al fijar sus ojos en el cielo sintieron la necesidad de dar y no de acaparar, de sacrificar y no de defender, de servir y no de señorear, porque ahora veían la verdadera realidad de Dios, donde las cosas de la tierra se vuelven extrañamente borrosas a la luz de su gloria y gracia. El Evangelio estaba surtiendo efecto en sus vidas.

Vivir para la eternidad aporta a la vida un propósito y una misión muy necesarios. C. S. Lewis dijo una vez: *“Si lees historia, verás que los cristianos que más hicieron por el mundo actual fueron precisamente los que más pensaban en el siguiente. Desde que los cristianos han dejado en gran medida de pensar en el otro mundo se han vuelto tan ineficaces en este.”*<sup>1</sup>

La iglesia de Colosas tenía su esperanza en el cielo. Los cristianos de Colosas indudablemente no tenían su esperanza en el gobierno del César. O en su sociedad materialista que buscaba el placer y los dioses paganos. Ellos eran la minoría. Unos pocos muy valiosos. Su esperanza estaba en la convicción de las cosas que aún no se ven, las promesas que aún están por venir.

Vemos esta esperanza eterna en las vidas de Sadrac, Mesac y Abednego, cuando se negaron sin miedo a adorar la estatua del rey y fueron arrojados al horno en llamas. Vemos esta esperanza eterna cuando la reina Ester arriesgó su vida al entrar en la sala del trono del rey sin invitación. Vemos esta esperanza eterna en el libro de los Hechos, cuando Esteban miró al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la derecha del Padre, mientras Esteban era apedreado hasta la muerte por predicar el evangelio a los líderes religiosos de su tiempo. Incluso vemos esta esperanza eterna en Jesús, quien, por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios.

En Cristo tenemos una esperanza eterna que nos mantiene firmes en tiempos de pruebas y tribulaciones.

Como escribió Pablo a la iglesia de Corinto, *“Por tanto, no nos desanimamos. Al contrario, aunque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando día tras día.”*<sup>17</sup> *Pues los sufrimientos ligeros y efímeros que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento.*<sup>18</sup> *Así que no nos fijamos en lo visible, sino en lo invisible, ya que lo que se ve es pasajero, mientras que lo que no se ve es eterno.”* (2 Corintios 4:16-18)

¿Dónde está tu esperanza? ¿En quién confías? Cuando todo lo demás falla, ¿a quién clamas? Hace poco escuché una historia de una de las familias de nuestra iglesia. Estaban comprando en uno de esos grandes supermercados de *Carrefour*. Su hijo, muy pequeño, se perdió. La madre pensaba que estaba con el padre, y el padre pensaba que estaba con la madre. Para el niño este acontecimiento fue bastante traumático. Rodeado de enormes hileras de estanterías, te puedes imaginar a este pequeño buscando frenéticamente a sus padres. Finalmente, el niño encontró el camino y volvió corriendo junto a su papá y su mamá. Cuando le preguntaron por lo sucedido, el pequeño contó que había orado a Dios. Los padres tememos esos momentos en que nuestros hijos se separan de nosotros, pero es precioso escuchar a un pequeño que ya está aprendiendo a poner su esperanza en Dios. Volvámonos, nosotros también, rápidamente a Dios como nuestra esperanza en los momentos de necesidad.

***De esta esperanza ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio,***

La palabra ***“oír”*** en la época de Pablo era algo más que la mecánica de recibir las ondas sonoras en el tímpano. Oír significaba escuchar y luego hacer. Si no se hacía, es que no se había oído realmente.

---

<sup>1</sup> C.S. Lewis, citado en Francis Chan, *Crazy Love* (Colorado Springs, CO: David C. Cook, 2008), 75.

Oír no era solo oír con los oídos, era oír con el corazón. Es como cuando un padre le dice a su hijo: "¿Me has oído?" En realidad, no pregunta si le ha oído, sino que le pide obediencia. En los tiempos bíblicos, cuando se habla de los que tenían oídos para oír, se refiere a los que oyeron, entendieron, aceptaron y obedecieron.

Jesús dijo, *"El que tenga oídos para oír, que oiga."* Oír siempre incluía la obediencia. Si no obedecías, no habías oído realmente.

Los de la iglesia de Colosas habían oído el evangelio, no solo con sus oídos, no solo con sus mentes, sino con sus corazones... y creyeron. ¿Pero qué es el evangelio? Si te preguntaran qué es el evangelio, ¿qué dirías? Algunos dirían que es hacer cosas buenas por los demás. Algunos responderían que es intentar ser una buena persona. Otros dirían que es orar y leer la Biblia. Algunos dirían que el evangelio significa ser espiritual y amar a los demás. Ninguna de estas respuestas es correcta. Si vamos a ser luz del mundo y sal de la tierra, debemos ser capaces de responder a esta pregunta.

La palabra *"evangelio"* significa buena noticia. Entonces, ¿cuál es la buena noticia? Para apreciar la buena noticia, primero debemos entender la mala noticia. Todos nos hemos rebelado y hemos pecado contra un Dios santo (Romanos 3:23). A causa de nuestro pecado estamos separados de Dios, tanto en el presente, como por la eternidad en el infierno, un lugar de eterno tormento y sufrimiento. Pero ahora viene la buena noticia... Viendo nuestra desesperada necesidad, Dios envió a su Hijo, Jesucristo, para salvarnos. Jesús tomó la forma de hombre, no pecó, y voluntariamente dio su santa vida muriendo en nuestro lugar, para pagar por nuestro pecado. Al tercer día resucitó entre los muertos, demostrando que el castigo por nuestro pecado había sido totalmente pagado. De modo que ahora, quien se aleje de su pecado y crea en Jesucristo será reconciliado con Dios y vivirá para siempre con Él en el cielo.

Nuestro pecado nos ha separado de Dios. La muerte de Cristo pagó por nuestro pecado. Todos los que se arrepientan y crean van a ser perdonados y reconciliados con Dios (2 Corintios 5:21, Romanos 6:23, Romanos 5:8, Juan 3:16).

***<sup>6</sup> que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros,***

Pablo continúa hablando del evangelio. El evangelio te ha llegado a ti. Dios siempre empieza. Dios se mueve hacia nosotros y nos permite movernos hacia Él. Nos atrae hacia Él cuando no podíamos acercarnos a Él por nuestra cuenta. Él concede la fe para que podamos creer. Nos convence del pecado para que nos arrepintamos. Nos lleva al límite de nuestras fuerzas para que pongamos toda nuestra confianza en Él. A través de Epafras y de otros, Dios había llevado el evangelio a los de Colosas, y Dios sigue haciendo lo mismo hoy.

Debió de haber sido alentador. La iglesia de Colosas no estaba sola. Sin duda se sentían una minoría. Les superaban en número y tal vez incluso habían experimentado diferentes formas de persecución. Tal vez eran los únicos cristianos en su familia o los únicos cristianos de su lugar de trabajo, pero Pablo les asegura que este evangelio que había transformado sus vidas estaba haciendo lo mismo en vidas de todo el mundo.

El evangelio se extendía, daba fruto y aumentaba. No era propiedad de un grupo o cultura. La fe en Cristo no era solo para los judíos. Jesús había venido a salvar a gente de todas las naciones. No es una religión americana, ni británica, ni nigeriana, ni española. Es una relación con Jesucristo puesta a nuestra disposición por el Creador de todas las naciones para la gente de todas las naciones. Ese es el poderoso resultado de la predicación del Evangelio. Siguió dando fruto en las vidas de los miembros de la iglesia de Colosas, pero sin duda se sintieron reconfortados cuando oyeron que no estaban solos. Cristo estaba dando fruto en las iglesias y en las vidas de todo el mundo... Y esto iba en aumento.

Ese es el ánimo que obtenemos cuando nos reunimos. Quizás no conoces a ningún otro cristiano en tu escuela. Tal vez no conoces a ningún otro cristiano en tu trabajo. Tal vez eres el único cristiano en tu casa o en tu vecindario. Al reunirnos cada domingo y sentarnos con otros creyentes, se nos recuerda que no estamos solos. Al escuchar las oraciones y los testimonios del pueblo de Dios, nos fortalecemos para salir al mundo una vez más y ser sal y luz. Al participar en uno de los grupos de oración o estudios bíblicos en línea, nos fortalecemos a través de la fe de los demás.

El evangelio ha venido y no solo para nosotros en Madrid. El viento del Espíritu está soplando en países como Irán, Afganistán, Nepal y otros lugares del mundo. De hecho, en todo el mundo el evangelio está dando fruto y creciendo.

*desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad. <sup>7</sup> Así lo aprendisteis de Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros, <sup>8</sup> quien también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu.*

El evangelio siguió dando fruto en sus vidas también. No era algo cuyo efecto parara en el momento de la salvación. El Evangelio seguía actuando en ellos y a través de ellos a medida que crecían en la fe en Jesucristo. Desde el primer día, cuando lo habían oído de Epafras, hasta aquel momento, Pablo seguía oyendo cosas buenas sobre ellos y su amor en el Espíritu.

Epafras había predicado el evangelio, el Padre había revelado la gracia de Dios en verdad, y ellos habían creído. El Espíritu de Cristo, que ahora vivía en ellos, estaba dando a luz en ellos un amor cuyo mérito solo se le podía atribuir a Él. Este era y es el efecto más verdadero del evangelio en nuestras vidas. Y cuando lo vemos, solo podemos quedarnos con un corazón lleno de gratitud por todo lo que el Señor Jesús ha hecho en nuestras vidas.

### **Cuestionario:**

1. ¿Qué es lo que te parece más interesante de este sermón?
2. ¿Qué persona de tu vida sigues agradeciendo a Dios su salvación?
3. Como cristianos, la posición de hecho de Jesucristo es la de Señor de nuestras vidas. ¿Funcionalmente es eso cierto? ¿Qué áreas de tu vida te cuesta someter completamente a Cristo?
4. Cuando la vida está en su peor momento, ¿en qué tiende la mayoría de la gente a poner su confianza?

5. ¿En qué pones tú tu esperanza?
6. ¿Cómo nos ayuda nuestra esperanza en el cielo a amar a todos los santos?
7. En tus propias palabras, ¿qué es el evangelio?
8. ¿Qué crees que debes recordar de este sermón?
9. ¿Qué crees que debes hacer en respuesta a este sermón?
10. ¿Cómo podemos orar por ti?